

Crónicas sueltas de excluidos encerrados

*Román Mazzilli**

Gracias a Jorge, Carlos, Ignacio, Julio y Uno más.

ESTOY POR ENTRAR al Borda por primera vez. Estoy por atravesar el muro, el otro lado, la otra dimensión. El manicomio, el hospicio de las Mercedes, el Vieytes, el loquero. ¿Lo hago por mí? ¿Lo hago por ellos?

La reunión de reflexión transcurre en aparentes monólogos. Son cinco internos y cuatro operadores. Les piden que me relaten que hacen allí, que me cuenten la rutina del grupo. Un integrante relata su historia de manera pormenorizada y no para de hablar. Luego será caracterizado como maníaco. Otro intenta hablar de sí, pero es interrumpido por el primero. Se autodefine como depresivo, exdrogadicto, alcohólico. Hay un discurso psiquiátrico que habla a través suyo. Por momentos un discurso antimanicomial. Un tercero sólo mira y ante alguna pregunta balbucea una o dos palabras. Luego me “confiesa” que es linyera.¹

Se me perdió la llave

Otra vez y hasta cuándo
He de perder las cosas
Que gané trabajando
Durante años de horas.

* Psicólogo social y psicodramatista argentino. Director de la revista *Campo Grupal* (Buenos Aires).

1 Palabra del lunfardo rioplatense que se podría traducir en México como “teporocho”.

Y si recuperara todo lo que he perdido
Por ejemplo las llaves y también los sentidos.

No, ya no quiero encontrarlo, total yo sigo vivo
Y seguiré viviendo mientras viva el olvido.

JORGE

Los locos tienen momentos divertidos. Ellos lo saben, juegan constantemente con la palabra 'locura' y con su carga: "Cantar me gusta con locura", me dijo Carlos. "El Borda me va a volver loco", acotó Ignacio, guiñándome un ojo.

"Certeza psicótica". "Alucinación auditiva". "Síntomas". "Diagnóstico". "Carátulas". "Historias clínicas". "Esquizofrenia". "Autismo"... Y nuestra imposibilidad a salvo.

Si no querés ser un recuerdo, sé un reloco (graffiti en las calles de Parque Patricios).

"Yo estoy desde la época de los militares", me dijo Julio en el hall del Hospital. "Me trajeron por extremista". Impactado, sólo atiné a repetir, "¿por extremista?". "Sí. Yo estaba en el Partido Comunista y cuando me detuvieron querían que cante donde estaban otros dos compañeros. Y yo seré loco pero no alcahuete. Ahí me golpearon tanto que perdí la memoria, enloquecí. Ellos me volvieron loco. Y como empecé a decir cualquier cosa me trajeron aquí. Estoy desde 1980." "Tengo cuarenta y tres años", concluye Julio junto con el café que le convido, "y no sé si voy a salir alguna vez". Nos despedimos con un apretón de manos, y después de caminar unos pasos se da vuelta y me pregunta: "¿Afuera hay trabajo?".

Por los pasillos hay rostros torvos, rígidos, amenazantes, sin vida. Hay perchas en las manos que no se sabe si son prolongaciones de las uñas, herramientas o llaves. Los locos se acercan y los cuerdos nos retraemos. Toman la palabra y nosotros nos volvemos parcos. Que paradoja: ¿no era al revés?

Jorge al internarse por séptima vez en el Borda pensó que la comida estaba buena. Pero no se lo dijo a los médicos. “Si les digo eso van a pensar que estoy realmente mal y no me van a dar el alta nunca más”.

Al entrar al Borda hay que atravesar esqueletos de edificios deshabitados, sin ventanas, puro ladrillo y fierros oxidados. “Dejad aquí toda esperanza”, dice Dante que vio escrito Virgilio a la entrada del infierno. La devastación no tiene metáforas.

La sociedad ha ido estructurando un sutil sistema de encierros. Tal vez el más general esté dentro de las fronteras del lenguaje: la clasificación. De allí se desprenden el rótulo, el estereotipo, la franja de roles disponibles y, en el tema que nos ocupa, el diagnóstico

Lo importante es establecer “fronteras y distinciones”; encontrar el cálido “nosotros” al tiempo de congelar a los “otros”. Pero hay “otros” y “otro” y hasta los encierros varían. Para los otros la sociedad levantó fábricas, inventó relojes, legisló conchabos, matrimonios estables, espectáculos masivos y hasta la cárcel. El “otro” en cambio, no juega el partido ni de amo ni de esclavo. No tiene existencia social. El “otro” es un ruido para “nosotros” y los “otros”. Es una cercanía humana demasiado espesa, la irrupción de lo imprevisible y lo azaroso. Es un lenguaje a borbotones del inconsciente. Son verdades tan obvias como la tristeza. El “otro” no se conjuga ni en primera, segunda o tercera persona del singular o plural. Está fuera de toda lógica. Para el “otro” hubo hogueras sin pena, naves a la deriva sin culpa, manicomios sin remordimiento. El lastre de las buenas conciencias.

Dice Foucault: “El internamiento está destinado a corregir, y si se le fija un término, no es el de la curación, sino antes bien, el de un sabio arrepentimiento.

Castigo

No sé porque dios me castigó
Y mi alma en este hospicio cayó
Mi madre no me interesa
Sólo salir con destreza

Iré a tribunales
Y borraré todos los males
Todos tenemos libertad
Y además igualdad
Tarde o temprano
La balanza estará en mi mano
Aunque tenga altibajos
Conseguiré trabajo
Aún me quedan dos amigos
Que son fieles testigos
Prefiero caer en un precipicio
A vivir en este hospicio
Con permiso prolongado
Mi familia me hace a un lado
Pero así serán mis goces
Porque la venganza es el placer
De los dioses
Espero que
Alguien entienda
Que necesito una vivienda
Y este gran dolor
Sólo se cura con mucho amor.

CARLOS

Los chicos y los locos dicen la verdad; unos son encomendados al sistema educativo, otros al hospicio. Ambos tendrán en común la palabra anulada, desvalorizada. Como dice Foucault: "Sin valor jurídico, sin orden religioso, sin autoridad intelectual". Al mismo tiempo dueños de una "verdad oculta", pero no racional: de allí su inhabilitación dentro de los discursos que pueden circular socialmente. Y del rechazo a la cercanía corporal, su encierro.

¿Se puede separar el discurso psicótico del discurso sobre los psicóticos? ¿Se puede hablar de la locura en singular sin establecer los dispositivos de anulación y encierro sociales e históricos?

Zoológico de gente

¡Sabes amigo!
¿Dónde vivo?
En un zoológico de gente
¿Cuál es? El manicomio indiferente
Indiferente hacia el paciente
Me asemeja a un zoológico
Pues te consideran ilógico
Está bien que el animal no sólo existe
Pero en el manicomio el amor persiste
Y aunque no lo crean
Por su libertad pelean
Como agua de manantiales
Son claros sus ideales
Y si sabes lo que es sufrir
Así no los dejes más vivir
El encierro en el hospicio
Es como el fondo del precipicio
La gente está abandonada
Y pasan los años en la nada
Muros de cemento frío
Recuerdo tu cuerpo y el mío
Mas en este triste presente
Levanto mi frente
Y mi corazón siente
¡Humanos por dios!
Que desaparezca este
Zoológico de gente

JORGE

¿Qué culpas se expían en denominar “loco” al talentoso? ¿Por qué el loco Gatti, el loco Houseman? ¿Por qué lo más recordado de Garrincha, aquel No. 7 de la selección brasileña de Pelé, fue esa jugada donde después de eludir a siete jugadores y al arquero² contrario; paró la pelota en la raya del gol y pegó la media vuelta sin empujarla adentro, provocando la ovación y la alegría de miles de hinchas agradecidos? ¿Por qué será que recuerdo más a ese profesor que se hizo pasar por el reemplazante de la de anatomía y nos dijo cosas disparatadas como que el corazón bombeaba por la ley de gravedad y que las piedras sufren cuando chocan? ¿Por qué lo recuerdo más que a “la de anatomía” y sus manuales?

Reintroducen la sorpresa. Nos agrietan nuestras construcciones racionales. Arman y desarman imprevisibles rompecabezas.

Un interno, cuya madre no se ocupó nunca de él, asegura que las madres no existen. ¿Es que existió para él? Otro asegura que saca la filosofía con sólo leer las tapas de los libros. “Aristóteles, me dice, daba decálogos de aristocracia y Platón es un plato lleno y grande.”

¿Acaso durante la dictadura militar, los vectores de las matemáticas no eran marxistas?

Otro afirma que la vida sale de la nada y que nos encuentran de chicos tirados por azar. ¿Habrá leído a Prigogine?

Nadie le va a pedir a un loco un discurso científico o que construya el plano de una casa. Pero tampoco, seamos justos, al poeta o al jugador de tenis. El lenguaje con neologismos y asociaciones aparentemente inconexas, ¿es más enfermo que la retórica hueca de algún presidente? ¿Cuál de los dos nos coloca en una situación más impotente dentro de la trama discursiva?

Los lacanianos tienen oreja para la escucha.

Los psicólogos sociales ojos, para la mirada crítica.

Los psicodramatistas ponen el cuerpo.

¿Habrá algún sujeto en la sala?

2 Arquero = portero.

¿Qué tiene que ver con la psicosis el no tener un baño en condiciones donde higienizarse, ninguna posibilidad de lavar ropa, los sacos viejos, los dedos manchados de nicotina, la boca pastosa, los cuerpos rigidizados a fuerza de pastillas, las ventanas enrejadas, los pabellones cerrados, los platos de lata, los vasitos de plástico, los guisos de quién sabe qué, los policías, el desierto de la tarde, el abismo de la noche, las mañanas, tardes y noches de los fines de semana?

Estoy prisionero
De una cárcel sin rejas
De una enfermedad
Que tiene cura si me trato
Y que me tiene prisionero
Cuánto sufre mi familia
Cuánto sufro yo
Por rebelarme a una
Medicación de por vida

Por qué será que me rebelo
Es la enfermedad
O de sentir que soy un
Enfermo estoy cansado sin estar
Cansado estoy aburrido sin estar
Aburrido en fin "quiero estar libre"

IGNACIO

El criterio de "adaptación activa a la realidad" tiene un fuerte predominio racional y productivo. La frontera entre salud y enfermedad, en la práctica, pasa por poder hacerse cargo de un trabajo y de las mínimas obligaciones ciudadanas como pagar impuestos y votar. Por eso se puede confundir como loco a un poeta, un filósofo, un hippie o un adolescente. Cierta descalificación los equipara. La envidia de los "normales" hace el resto.

El Borda desborda por el borde.
Los del medio medimos el miedo.

Había salido de alta y regresado con su familia. Tenía unos cincuenta y cinco años, diez de los cuales los pasó internado en el Hospicio. En un domingo de fideos y fútbol se armó la discusión. En la mitad de los intercambios trató de opinar pero un hermano lo paró en seco: “vos no podés hablar porque estás loco”. Lentamente, como con un gesto estudiado por años, sacó del bolsillo de la camisa un papel cuidadosamente doblado y respondió: “A mí me dieron el alta, ¿y a vos?”.

Jorge me insiste: “Quiero escribir un libro de poemas donde el título sea un poema. Por ejemplo yo leo “Roberto Payró” me gusta el sonido, suena bien, ya es un poema”.

En el Taller de Escritura que coordiné en el Servicio 54 del Borda, les pedía que trataran de escribir algo en las dos horas que nos reuníamos. “Uno más”, así pedía que lo llamáramos, se negaba a hacerlo, pero se quedaba en la reunión y me miraba sonriente. “Escribo cuando me viene”, repetía. No le presté más atención y seguí hablando con los demás. A la próxima reunión se apareció con una hojita que me extendió donde podía leerse esta poesía:

Acomodar un día, unas horas
a la mujer poesía,
es como prostituir a un joven
inocente y vivo.

Es como tratar de amar
un tiempo y dentro de ese tiempo
ocupar un lugar
y no un sentido.

Acomodar un día, unas horas
a la mujer poesía

es como matar la voz, la fantasía.
Porque a la mujer poesía
le gusta la sorpresa, lo impensado
lo que nunca se repite
y lo que los poetas llamamos "vida".

UNO MÁS